su ropa, sobrecargada de adornos.

Carlos se sentía cohibido ante el entusiasta recibimiento.

—¿Está en casa su tío? —preguntó.

—No, se ha quedado con el juez. No quieren que salga a la calle. Ya ve usted cómo se ha puesto el pueblo. ¡Yo no sé qué es lo que les pasa! Siempre habían respetado mucho a tío Gonzalo, y ahora están contra él en una forma terrible... En fin, ya pasará...

Carmen había soltado las manos de su visitante; pero le seguía mirando con una coquetería que demostraba su duda de que el escribiente hubiera ido a verla solamente para preguntar por el presidente. Carlos aceptó el sillón que la muchacha le ofreció con un ademán.

—He venido a darle las gracias más sentidas, Carmela, por lo que hizo por mí.

—No hablemos de eso; fué algo que tenía yo que hacer.

—Pero es que usted se jugó su reputación.

—Porque se trataba de la libertad de usted, Carlos.

—Gracias, Carmela.

La entonación sinceramente afectuosa de las palabras del muchacho emocionó a Carmen. Sus mejillas se colorearon, bajó los ojos, y preguntó en un tono suave, íntimo y emocionado:

—¿De veras me lo agradece, Carlos?

—Con toda mi alma —Carlos hizo una pausa—. Pero vengo a pedirle todavía algo más, Carmela...

El corazón de la muchacha comenzó a latir con ritmo acelerado. Se sentía mareada con la expectación y la esperanza que surgieron en ella. Esperó, pero Carlos guardó silencio como si no se atreviera a continuar.

Queriendo ayudarle a pronunciar las palabras que ella tanto deseaba oír, porque Carmen creía que el muchacho le declararía su amor, le instó:

—Dígame, Carlos... ya sabe usted que yo le tengo mucho afecto, y que... me daría mucho gusto complacerlo.

—Gracias otra vez, Carmela. Tengo fe en su bondad y en su sentido de justicia, por eso me atrevo a pedirle esto... Se trata de la señorita Miralles, la maestra... ella no sabe por qué fué usted aquella noche a mi casa y qué fué lo que pasó entre nosotros...

—¿Qué había de pasar? Si yo fuí sólo a prevenirle a usted del peligro que le amenazaba.

La voz de Carmen temblaba. El color de sus mejillas se había intensificado hasta darle un aspecto febril. Sus ojos, de mirada dulce hasta antes de las últimas palabras de Carlos, habían adquirido un repentino brillo de ira. Su pecho se movía con respiración agitada.

Aquel cambio no podía pasar inadvertido a Carlos. Sin embargo, el escribiente prosiguió:

—Sí, Carmela, naturalmente... Lo que es que yo quisiera que ella lo supiera... por usted misma.

—¿Quiere usted decir que me pide que yo vaya a decirle a esa señorita... —la indignación en-

—No hay necesidad de que se exalte, Carmela, ni que ofenda a una mujer que merece el

también de nada mismo. Ni siquiera el juez sabe la verdadera causa de su visita a mi casa